

Del cuadro con que nuestro genial Ricardo Acevedo Bernal ha adornado la bóveda de la escalera mayor, hablaremos en otro lugar.

El Colegio, con lo dicho, ha dado un gran paso adelante, pero no está satisfecho. Un instituto contento con lo que tiene está en vía de lastimero descenso. Falta instalar la biblioteca en el magnífico local que se le tiene preparado y enriquecerla con obras científicas modernas que se echan menos; falta moblaje acorde con la importancia del edificio; falta completar la torre de la capilla; falta adquirir un campo vecino a la ciudad, donde establecer deportes atléticos, convenientes a la educación física de los alumnos.

La Bordadita nos ha dado lo que tenemos; Ella nos dará lo que nos falta.

---

## ORACION

PREDICADA EN LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA  
DEL ROSARIO

---

Hic habitabo quoniam elegi eam.

Aquí habitaré porque la he elegido.

Ps. cxxxI, 14.

Excelentísimos e Ilustrísimos señores. Respetable Claustro:

«¿Es creíble que verdaderamente venga Dios a habitar sobre la tierra? Porque si los cielos de los cielos no pueden abarcarte, oh Señor, cuánto menos esta casa que yo he fabricado?» Así, el día de la dedicación del templo, exclamaba el más sabio y poderoso de los reyes, pos-

trado de rodillas bajo las altísimas y redoradas techumbres, en el recinto inmenso colmado de incontable muchedumbre y lleno de misteriosa niebla, donde se aspiraba el olor de los holocaustos mezclado con el suave perfume del incienso, y se oía el clangor de las trompetas de plata y el canto a coros de las palabras de David: «Confesad al Señor, porque es bueno y su misericordia permanece para siempre.»

Si tales eran los afectos de Salomón, ¿cuáles habrán de ser los que hiervan en nuestros corazones, al considerar a Dios omnipotente, no simbolizado en una nube, sino unido personalmente a la naturaleza humana, que descende hoy desde la diestra del Padre a tomar posesión de esta humilde capillita que le hemos restaurado y habitar en medio de nosotros?

Mas si nuestra gratitud debe superar a la del monarca de Israel, no podemos, en cambio, ser partícipes de su asombro. En todo tiempo el Creador se ha dignado comunicarse con los hombres; pero en la Antigua Alianza, que era de servidumbre y temor, aparecía Jehová en las vertientes del Horeb o en las cumbres del Sinaí, entre las llamas de incombusta zarza, o rodeado de oscuridad densísima en que bullía el espíritu de la tempestad; mientras que en el Nuevo Testamento, que es adopción de hijos,

designación de herederos de la gloria, ley de libertad y de amor, el Verbo divino, para curar la soberbia humana por medio de la humildad, encarnó en el seno de una virgen, nació en un portal y fue reclinado en un pesebre, pasó treinta años en el estrecho taller de un artesano pobre; durante la vida pública no tuvo nido como las aves del cielo, ni madrigueras como las raposas del campo, ni dónde reclinar la cabeza; murió desnudo en una cruz y estuvo hasta el tercero día en el breve espacio del sepulcro.

Jesucristo Nuestro Señor moró siempre en la habitación de su Madre. Halláronle los pastores en el establo, cuidado por la Virgen con ternísima solicitud; los magos de oriente entraron a la casa sobre la cual se detuvo la estrella, «encontraron al niño con María su Madre,» en eso lo reconocieron y prosternados le adoraron. La vida oculta del Mesías transcurrió en la santa casita de Nazareth, conservada milagrosamente en Loreto y no mayor en extensión que esta capilla. Con Nuestra Señora al lado realizó Jesús el primero de sus milagros, sufrió en el Calvario los dolores supremos, goza para siempre de bienaventuranza eterna e infinita.

En esta ciudad, el Colegio Mayor del Rosario es la casa de María Santísima, y este oratorio es el aposento en que Ella vive, el aula

donde enseña, su sala de audiencias, el depósito de gracias y mercedes que reparte a manos llenas entre sus hijos y devotos. ¿Será de admirar que Jesucristo baje todos los días a este altar, a visitar a su Madre y oír y despachar benigno las súplicas que Ella le hace en favor nuestro?

No tan sólo tenemos aquí a la Virgen Santa por patrona y rectora, por maestra y abogada y madre, sino que la veneramos bajo el augusto título del Rosario. Devociones hay en la Iglesia, excelentes en sí, pero que responden a la índole especial de un pueblo o de una raza, o a los anhelos y necesidades de la humanidad en época determinada. No así el Rosario. Propagado por aquel gran milite de Cristo que se llamó Santo Domingo de Guzmán en los ya remotos tiempos medioevales, es, a semejanza del Verbo humanado que lo reveló por labios de María, siempre antiguo y siempre nuevo, de ayer, de hoy, de todos los siglos por venir; propio de grandes y pequeños, ricos y pobres; superior a la inteligencia de los sabios; al alcance de los ignorantes y los niños; complemento de toda honesta felicidad, bálsamo al dolor y al infortunio; cáliz delicioso con que se embriagan los santos, consuelo y esperanza de los pecadores arrepentidos.

La conveniencia de esta práctica para la edad moderna es una verdad que la Providencia divina ha tenido cuidado de hacer patente a nuestros ojos. Cuando Nuestra Señora se apareció en las rocas de Massabielle, traía en las manos un rosario de avemarías tan blancas como la nieve de las alturas y ensartadas en un hilo rubio como las mieses maduras de los valles. Invitó con un ademán a la simple pastorcilla, su confidenta, a que rezaran juntas; y a cada oración que brotaba de boca de la niña, los dedos virginales de la Inmaculada Concepción iban pasando una cuenta del rosario. Llevas tú también la de las veces que te hemos suplicado, oh dulcísima Madre nuestra! que ruegues por nosotros, pecadores, ahora y en el instante pavoroso de la muerte.

Semeja que la Virgen Santa quisiera ser honrada en esta advocación de una manera especial por nuestro pueblo. Dos veces se ha mostrado Ella milagrosamente en medio de nosotros: una, en el centro del país, para ser el corazón de la República; otra, en uno de los confines del territorio, como para constituirse vigilante guardadora de las fronteras sagradas de la Patria. Y la efigie de Chiquinquirá y la de Las Lajas representan ambas a Nuestra Señora del Rosario.



Un año há, la nación entera, en pasmoso concierto, desde la Península goajira hasta el río Carchi, y de las costas del Pacífico a las lindes con Venezuela, proclamó a María Santísima por Reina de Colombia; y en esta ciudad, al aire libre, bajo el dombo azul del firmamento, en presencia del episcopado entero, de los supremos magistrados civiles y de muchos millares de fieles ebrios de entusiasmo y conmovidos hasta las lágrimas, un egregio pontífice amigo, como legado del Vicario de Cristo, puso en la frente de la soberana celestial, artística y rica diadema de oro y pedrería. La Virgen del Rosario fue también la entonces engrandecida y coronada, traída a la capital, devuelta a su santuario, en nunca vista apoteosis triunfadora. Ella se complació en los homenajes y aceptó el trono de los corazones colombianos, y merced a ello nuestra Patria es hoy un remanso de aguas cristalinas, en medio de la férvida borrasca que agita y revuelve el océano de este mundo y conmueve y cuartea los cimientos de la sociedad contemporánea.

Todas las efigies de Nuestra Señora son dignas de veneración y de afecto; no porque les atribuyamos virtud intrínseca alguna, lo que fuera horrendo pecado de idolatría, sino porque representan y memoran a la que es vida, dulzura y esperanza nuestra; a la clemente, a la piadosa

y dulce Virgen Nazarena. ¿Qué hijo no tiene en plaza distinguida el retrato de su madre ausente; no se queda contemplándolo a menudo de hito en hito, no le habla para comunicarle gozos y pesares? Pero dispone la Providencia que ciertas imágenes sean glorificadas con particular esmero, y Dios otorga a los fieles que ante ellas se postran los favores de la misericordia y aun los milagros de la omnipotencia.

Una de ellas es la Virgen que está allí patente en el altar. Bordada por las piadosas manos de una reina de España, fue enviada de uno a otro continente, a través de la amplitud de los mares, como obsequio al excelso fundador de este instituto, con el fin de que fuese, según frase autógrafa de la munífica soberana, patrona y madre de los colegiales del Rosario. Desde el principio se ganó por amor las voluntades, puso su morada en la capilla, abrió de par en par sus inagotables tesoros y permitió que sus nuevos hijos la apellidaran «la Bordadita,» con renombre familiar y cariñoso.

Ha sido testigo y en ocasiones actora decisiva de las vicisitudes de nuestra atormentada historia nacional. Vino como Reina de la paz, y a su llegada cesaron las rencillas y facciones que traían a la naciente colonia agitada y convulsa; como Sede de la sabiduría y empezó a

florece el estudio de las buenas letras y de las ciencias humanas y divinas. A los pies de María y con su amparo, nació el arte de la medicina en el Nuevo Reino de Granada y se organizó la fecunda Expedición botánica. Nuestra Señora escuchó muchas veces aquí mismo, las preces que, al alzar en las manos la hostia consagrada, le dirigía el ínclito sacerdote, apellidado por Linneo «nombre inmortal que ninguna edad podrá borrar de la memoria.»

En los negros días de la reconquista, el Colegio se tornó cárcel; las aulas, capillas de los patriotas. María recogió entonces las últimas plegarias, alivió las finales angustias, enjugó las lágrimas postrimeras de los que habían sido sus colegiales, y que iban bajando uno a uno la escalera del claustro mayor, descendiendo de la prisión al patíbulo para ascender a la inmortalidad, como reza una de nuestras veneradas inscripciones.

Uno de los vínculos que unen a Colombia con España es esta sagrada imagen del Rosario. Ella es castellana de origen. Nació acaso en el palacio real de Madrid, o en el ameno sitio del Pardo, o dentro de los muros imponentes del Escorial; pero vino al mundo para proteger y educar la juventud de la otra ribera del océano. Cuando el Nuevo Reino alcanzó la mayor edad,

consintió la Providencia, y lo quiso por lo tanto la Virgen, que conservando sin merma la fe católica y la piedad cristiana, el idioma de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, la proverbial hidalguía de los descendientes de Pelayo y las sanas tradiciones de la tierra de María Santísima, pudiéramos emanciparnos de la tutela maternal, regirnos por nuestros propios estatutos y alcanzar los dones evangélicos de la libertad civil, como la enseñó Cristo, y de la igualdad ante la ley, como la deseaba San Pablo. A Nuestra Señora acudieron por esfuerzo los mártires de la Patria; por aliento, los guerreros; por luces, los sabios; por consejo, los legisladores. Así lo testifican las actas de nuestra Independencia. Con razón que, en ocasiones, la Bordadita esté adornada con el pabellón de Lepanto, enlazado con la bandera tricolor de Boyacá.

No pretendo ni siquiera esbozaros el cuadro de nuestra vida independiente, cuadro que, como las pinturas de Rembrandt, es portentosa combinación de luces y de sombras. En dos ocasiones distintas fue desmantelada esta capilla, arrancada la Bordadita de su trono y vendida por un puñado de monedas de plata, después de arrebatarle las esmeraldas que le tachonaban el regio manto y la corona imperial. Por varios lustros sufrió eclipse en las aulas la lumínica y

fecunda filosofía cristiana según la mente del Angélico Doctor. Mas todo aquello fue accidente pasajero. Para la Virgen María y para su Hijo divino, las tinieblas del viernes santo anuncian la aurora esplendente de la pascua. Testificalo así la juventud formada en el Colegio, representada hoy por los caballeros sin tacha, cristianos y patriotas que nos están honrando con su presencia.

Inútil hablaros de los favores de María, que conocéis por propia y cotidiana experiencia. Si de milagros se trata, uno hay del orden moral, que da en los ojos, y es la duración casi tres veces secular de este Instituto y su existencia actual, no como antigualla venerable, no como ruina interesante de pretéritas edades, sino en lo pleno de la vida; en hermosa y casta juventud. «Mil años en la presencia del Señor, son como el día de ayer que pasó,» clama el Salmista.

La imagen de Nuestra Señora y su santuario forman un todo inseparable, como en el canto la palabra y la música, como en el verso el pensamiento y el número, como el alma y el cuerpo en la criatura racional. No se concibe la capilla sin su santa Patrona; no se entiende a la Bordadita venerada en sitio diferente. La dignidad de los templos católicos no se mide sólo por lo alto de las bóvedas y la anchura de las naves,

ni por las columnas que lo sostienen y los mármoles que los revisten, ni por el arte que los construye y los adorna. Esta iglesia, además de ser casa de Dios y de María, es santa por otros cien títulos diversos.

A la derecha del altar se halla el sepulcro de Fray Cristóbal de Torres. La gloria de este varón, lejos de amenguarse, crece con el curso del tiempo, como se va dilatando la sombra de los montes a medida que el sol declina hacia occidente. Fue la vida de nuestro Fundador pugna constante entre la humildad y la grandeza, combate en que ambas contendoras obtuvieron por igual los laureles del triunfo. Fuera de las cenizas del Arzobispo descansan aquí en paz, bajo el pavimento, las de muchos colegiales del Rosario, «varones insignes, ilustradores de la República con sus grandes letras y con los puestos que merecieron con ellas, siendo en todo el dechado del culto divino y de las buenas costumbres,» como anhelan nuestras constituciones sapientísimas.

El púlpito desde donde, con harto rubor y vergüenza, os estoy hablando, fue antaño, en la Metropolitana de Bogotá, la cátedra de los máximos predicadores colombianos; y acá los ecos se hallan acostumbrados a repetir los acentos de la elocuencia sacra. Estos muros están

ennoblecidos por la santidad, esclarecidos por la ciencia, consagrados por el dolor, ungidos por las lágrimas.

Reparada varias veces merced al celo de los hijos del Colegio, casi derruida a empuje de los recientes terremotos, renace hoy la capilla, con decoro y esplendidez no usados, gracias a la generosidad de las Cámaras legislativas, de las Asambleas departamentales del Magdalena, Cundinamarca y el Tolima y a la pericia de nobles artistas nacionales y extranjeros. A las unas y a los otros presento en mi nombre y en el del Claustro, público testimonio de aplauso y agradecimiento.

Siempre ha tenido la Bordadita un grupo de serafines por peana; en adelante le serán auréola los príncipes de los nueve coros angélicos, que se llaman en los libros santos estrellas del emperio. El fresco de la bóveda principal simboliza a maravilla nuestras creencias y nuestros afectos. En lo más alto de la gloria está la Santísima Virgen con blancas vestiduras, insignia de su pureza virginal, y con el Niño Dios en los brazos. Tiene los ojos misericordiosos vueltos a este valle de lágrimas donde gimen y lloran los desterrados hijos de Eva. Más abajo se destaca la figura ascética del pontífice del Rosario, martillo de las herejías, restaurador del culto divino, el Papa San Pío V, promotor y profeta de la jornada inmortal de Lepanto. Su

actitud es mitad de adoración, mitad de anhelo por llegarse a los pies de la Reina. A su lado aunque en plano inferior, como corresponde a a un sacerdote en presencia del Vicario de Cristo, se halla el doctor por excelencia, comparado al sol, porque en su presencia se eclipsan los demás astros; a los ángeles, por la pureza de la vida y la sublimidad de la inteligencia. El es la norma, la vida, la forma substancial de nuestros estudios. Siete siglos hace, según palabras de Lacordaire, que está sentado en la cátedra de la sabiduría, sin que la Providencia le haya dado ni sucesor, ni rival. Finalmente, en el límite entre el cielo de los bienaventurados y el universo visible, encuéntrase el ángel tutelar del Colegio, sosteniendo nuestro insigne escudo, que es la cruz misma de Calatrava, más gloriosa que por los méritos y hazañas de sus caballeros, por ser emblema de Nuestra Señora del Rosario.

Voy a concluir. La mayor prueba de aprecio y de fe que un hombre puede dar otro es la de confiarle la guarda de la casa, el honor de la madre, de la esposa, de la hija. A vosotros, compañeros y amigos, a vuestra lealtad, amor y gratitud encomienda Dios desde ahora mismo la conservación y defensa de este alcázar sagrado y de la imagen de María Inmaculada, de nuestra dulce Bordadita.

R. M. CARRASQUILLA  
Colegial y Rector.

10 de octubre de 1920.

Universidad del  
Rosario

Archivo  
Histórico